

XVII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca, 2019.

EL PARTIDO SOCIALISTA, LA CONFEDERACIÓN GENERAL DEL TRABAJO Y EL DEBATE POR LA PRESCINDENCIA EN LOS AÑOS FINALES DE LA 'DÉCADA INFAME'.

Diego Ceruso.

Cita:

Diego Ceruso (2019). *EL PARTIDO SOCIALISTA, LA CONFEDERACIÓN GENERAL DEL TRABAJO Y EL DEBATE POR LA PRESCINDENCIA EN LOS AÑOS FINALES DE LA 'DÉCADA INFAME'*. XVII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-040/154>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Mesa 83: Historia de la izquierda en la Argentina: política, sociedad e ideas (1880-1960).

**El Partido Socialista, la Confederación General del Trabajo y el debate por la
prescindencia en los años finales de la ‘década infame’**

Diego Ceruso
UBA/CONICET/CEHTI

Resumen

El trabajo reflexiona sobre la dinámica y el proceder socialista en el movimiento sindical en los primeros años de la década de 1940 con la intención de colaborar en un mejor conocimiento de la problemática de las izquierdas y la organización obrera. Procuraremos identificar las diversas posturas y los sectores en pugna, evidenciar las discusiones al interior de la Confederación General del Trabajo hasta su división en 1943. Analizaremos la opinión de los cuadros gremiales partidarios, el rol de la Comisión Socialista de Información Gremial, los dirigentes de la central obrera, entre otros aspectos. Ello lo haremos, principalmente, a través de fuentes internas del Partido Socialista, su periódico *La Vanguardia*, periódicos gremiales, documentos de la central obrera y publicaciones de otras corrientes políticas, entre otros.

Palabras clave: Partido Socialista; Confederación General del Trabajo; prescindencia; década infame.

El movimiento obrero y las izquierdas ocuparon un importante rol en la vida política, económica, social y cultural del país. De este modo, el estudio aquí encarado supone un aporte a la historia argentina en el que nuestra intención es atender al vínculo entre ambos sujetos en cuestión. La óptica relacional entre el movimiento obrero y las izquierdas entendemos que enriquece el análisis y permite observar el proceso de constitución mutua sin por ello desatender a sus aspectos específicos. Esta búsqueda de amalgamamiento se basa en la convicción acerca de la dinámica conjunta que, de otro modo, quedaría mutilada en tanto presentaría caminos bifurcados. Como afirmaba la permanentemente visitada cita de Antonio Gramsci:

“la historia de un partido, en suma no podrá ser menos que la historia de un determinado grupo social (...) Escribir la historia de un partido no significa otra cosa que escribir la historia general de un país desde un punto de vista monográfico, para subrayar un aspecto característico. Un partido habrá tenido mayor o menor significado y peso, justamente en la medida en que su actividad particular haya pesado más o menos en la determinación de la historia de un país” (Gramsci, 1984, pp. 30-31).

En definitiva, y con los reparos que amerita cualquier indagación y sus límites, aprehender esta complejidad es lo que creemos que permite profundizar el conocimiento acerca de la conciencia, la organización y la lucha de la clase obrera.

En este caso, nuestra apuesta, que propone un cruce entre la historia social y la historia política, recae en la indagación del Partido Socialista (PS) en su lazo con el movimiento sindical en los años finales de la década de 1930 con la intención que ello nos permita un mejor conocimiento de la propuesta y el nivel de concreción de la articulación entre lo sindical y lo político de una de las empresas políticas de izquierda de más larga tradición e importancia en Argentina. Nuestra propuesta pretende encarar el estudio de un partido que, por su pretensión programática, entre otros motivos, debe ser analizado en estrecha relación al desempeño de los trabajadores. El presente trabajo reflexiona sobre las discusiones internas acerca del proceder socialista en el movimiento sindical con la intención de colaborar en un mejor conocimiento de la problemática de las izquierdas y la organización obrera. Procuraremos identificar las diversas posturas partidarias y los sectores en pugna, analizaremos la opinión de los cuadros gremiales socialistas y enfocaremos con especial atención la dinámica en torno a la Confederación General del Trabajo (CGT). Ello lo haremos, principalmente, a través de fuentes internas del PS, su periódico *La Vanguardia*, y otras publicaciones de relevancia, documentación ligada a la central obrera, periódicos de otras corrientes políticas, entre otros.

Hacia 1938, Mario Bravo, dirigente del PS, ensayó una autocrítica que tenía como eje reafirmar la idea de un partido de trabajadores de la ciudad y el campo y en donde llamaba a revisar la vigencia de la estrategia prescindente en el mundo gremial (Bravo, 1938). El contexto de la advertencia era el de un socialismo que tras participar en la creación de la CGT y luego de desplazar a los *sindicalistas* de su conducción en 1935, podía mostrar su mayor influencia en el sindicalismo. Dirigentes obreros de filiación socialista conducían varios de los más importantes sindicatos del país, mayormente del

área de transportes y servicios, y encabezaban la central obrera, aunque la presencia comunista en los gremios de industria era cada vez más pujante y dinámica.

En paralelo, a mediados de 1939 la CGT realizó su I Congreso. La central contaba para ese entonces con 270.000 afiliados, aunque los cotizantes eran menores (Departamento Nacional del Trabajo, *Organización sindical. Asociaciones obreras y patronales*, 1941, pp. 2 y 27). En los últimos dos años al mando del ferroviario socialista José Domenech, la CGT podía mostrar un avance en términos cuantitativos y en su influencia en el movimiento obrero aunque, al mismo tiempo, su orientación estuvo volcada claramente hacia los reclamos económicos y sociales, buscando no inmiscuirse en declaraciones y situaciones que consideraban políticas y, en consecuencia, ajenas a su responsabilidad (Confederación General del Trabajo, *Memoria y balance, 1937-1939*, Buenos Aires, 1939; Matsushita, 1986; Camarero, 2005). En los meses previos al Congreso, las fuerzas sindicales del PS y las del Partido Comunista (PC) acordaron una distensión en el clima de enfrentamiento y acusaciones con la intención de priorizar la realización del cónclave y la definitiva normalización de la CGT. Aunque las críticas no desaparecieron por completo, el evento realizado entre el 14 y el 16 de julio de 1939 se desarrolló normalmente. Los sindicatos industriales, dirigidos por los comunistas, habían incrementado su fuerza y representaban cerca del 30% de los cotizantes mientras que el resto, con eje en los sindicatos ferroviarios y de servicios, pertenecía a gremios con conducción socialista o *sindicalista*. Sobre estas bases se realizó el Congreso que finalmente reeligió a los socialistas Domenech como secretario general y al también ferroviario Camilo Almarza como secretario adjunto (Matsushita, 1986, p. 217). Los socialistas más ligados al partido obtuvieron varios cargos entre ellos los de Francisco Pérez Leirós y Ángel Borlenghi en comisiones claves. Por su parte, los comunistas consiguieron cargos en la Comisión Administrativa y en el Comité Central Confederal para sus cuadros más reconocidos: Pedro Chiarante, Rubens Iscaro, Juan Pavignano, Pedro Tadioli, entre otros (*Orientación*, 28 de diciembre de 1939, p. 5). El Congreso no estuvo exento de fuertes disputas en torno a la perspectiva que debía tomar la CGT y las declaraciones que pretendían impulsar. Más allá de algunas resoluciones adoptadas pero nunca aplicadas, la Central siguió el rumbo trazado por su dirección y continuó su directriz prescindente y apolítica. Esto hizo recrudecer el enfrentamiento con los comunistas y los gremialistas socialistas más relacionados con su partido, ambos sectores más propensos a una dinámica más estrecha entre las estructuras partidarias y la esfera gremial.

La cargada atmósfera local seguía con atención el avance alemán sobre Europa. El expansionismo del régimen germano no hizo más que profundizar los reclamos comunistas de condena frente al nazismo y el fascismo y a favor de la democracia y las libertades. Estas presiones para que la central obrera se manifestara se interrumpieron a mediados de agosto de 1939 con la firma del pacto germano-soviético.¹ El repentino neutralismo del PC y de sus principales figuras políticas y sindicales motivó críticas desde diversos sectores y profundizó las divisiones dentro de la CGT. Por su parte, los socialistas que conducían la central aprovecharon esta situación para fortalecer su posición argumentando la falta de principios y el oportunismo comunista. Todo el espectro político condenó la cabriola aunque el socialismo sin duda encontró grandes argumentos para lidiar con su competidor en la central.

El panorama mostraba una CGT cada vez más dividida en su seno, una dirección que acentuó su autonomía respecto de los partidos y los comunistas que presionaban en sentido contrario afincados en el poderío de los sindicatos industriales que conducían (del Campo, 2005, p. 98).

El Partido Socialista y su prescindencia en los años 30

El repaso por la experiencia del PS en el universo sindical conserva aún múltiples interrogantes. Como se ha dicho, examinar su vínculo con el movimiento gremial ilumina al mismo tiempo una parte importante de la historia del socialismo, y de la izquierda en general, y de la clase obrera argentina de la primera mitad del siglo XX.

El vínculo entre el partido y los sindicatos fue eje de debates entre los socialistas a nivel internacional desde fines del siglo XIX. Aunque en el congreso internacional de la socialdemocracia de Bruselas, en 1891, y en el de Zurich, en 1893, la temática fue abordada, fue recién en el realizado en Londres en 1896 en donde se discutió específicamente (Poy, 2016, p. 22). Allí se aprobó la siguiente resolución:

“la lucha sindical de los trabajadores es indispensable para resistir la tiranía económica del capital, y por lo tanto mejorar su situación actual... Pero esta lucha económica no puede suprimir por completo la explotación capitalista, solo puede suavizarla... La organización de la clase obrera será

¹ Nos referimos al pacto de no agresión acordado entre Alemania y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas firmado por el ministro de Asuntos Exteriores del III Reich, Joachim von Ribbentrop, y el comisario soviético de Asuntos Exteriores, Viacheslav Molótov, el 23 de agosto de 1939.

incompleta e insuficiente mientras no esté organizada políticamente... Lo que sea que obtengan los trabajadores de los patrones en disputas abiertas debe ser confirmado por la ley para poder ser conservado, mientras que los conflictos sindicales pueden en otros casos ser innecesarios debido a medidas legislativas” (Congrès international socialiste des travailleurs et des chambres syndicales ouvrières, Londres 26 juillet-2 août 1896 [Reprint], Minkoff, Ginebra, 1980, p. 384. Citado en Poy, 2016, p. 22).

La confirmación de la independencia de esferas, aunque establecía la complementación, al mismo tiempo dotaba de cierta supremacía a la actividad política en tanto se presentaba como la herramienta que otorgaba carácter definitivo y completo a la acción de los trabajadores.

El PS argentino, casi desde su creación planteaba tres áreas de acción de cara a los trabajadores. El gremialismo, el cooperativismo y la acción política propiamente dicha, se erigían como campos relacionados pero con sus especificidades:

“de las tres formas de organización, se sostenía la supremacía de la acción política –entendida como actividad parlamentaria-, pues mediante ella la clase obrera eludiría el ‘exclusivismo corporativo’ y se propondría ‘la conquista del poder público por medio del sufragio universal y de las libres instituciones democráticas, para transformar la organización capitalista de la actual sociedad en organización colectivista de la misma’. En cuanto a los sindicatos obreros, se los consideraba autónomos en su terreno y fin específicos: el del mejoramiento de las condiciones de vida y trabajo de sus miembros. Sin embargo, ellos necesitarían de la organización política para poder completar su obra, pues sin la sanción de una legislación favorable las conquistas obreras tendrían carácter efímero” (Tortti, s/f: 2).²

Desde sus orígenes, aunque con fuertes debates, la voluntad oficial, en gran medida impulsada por su máxima figura y referente Juan B. Justo, fue la de escindir el plano político del gremial (Martínez Mazzola, 2011; Poy, 2014; Belkin, 2018). Esta autonomía, materializada en la ‘Declaración de Avellaneda’ del XIV Congreso Ordinario en 1918, era una expresión de una concepción más amplia sobre la necesidad de construir una opción partidaria reformista, que buscara la integración al sistema social y político y que subordinara la conflictividad entre capital y trabajo a elementos más globales, entre otras características. Pero esta desarticulación de esferas, que si se quiere ir más allá fue incluso

² Los entrecomillados son citas que Tortti toma de López (1935) y Dickmann (1946). Recordemos brevemente la clásica referencia de Jacinto Oddone: “el movimiento socialista, decíamos, marcha sobre dos piernas: la lucha económica –gremial, cooperativa- y la lucha política” (Oddone, 1983: 287).

una disociación con algunos aspectos centrales de la lucha y la organización obrera, estuvo sujeta a fuertes tensiones internas y cuestionamientos (Camarero, 2015).

Durante la primera mitad de la década de 1930, el sector compuesto principalmente por cuadros gremiales y liderados por Pérez Leirós pareció tener una política más activa y mayor presencia en las publicaciones partidarias. Así, a partir de 1930, pero con marcado énfasis desde 1932, aquellos que propiciaban una relación más directa y fluida entre el Partido y los sindicatos fueron ganando peso en la Comisión Socialista de Información Gremial (CSIG), representación en los Congresos y visibilidad en los medios del PS. Prueba de ello son las composiciones de la Comisión Gremial en donde la mayoría de sus integrantes se enrolaban en las posiciones encabezadas por Pérez Leirós, líder de los municipales, la presencia regular de intervenciones críticas a la dirección partidaria en relación al desempeño sindical del PS en la prensa y otros órganos de difusión editorial y, quizá el punto más sintomático, el Despacho Gremial del Congreso de Santa Fe en 1934 que contrariaba la postura tradicional de la ‘Declaración de Avellaneda’ y marcaba una delimitación, con cierta prudencia, en el interior del PS con quienes buscaban mantener la independencia de acción entre la esfera política y la sindical (Ceruso, 2017a; Tortti, 1989a y 1989b; Matsushita, 1986).

A nuestro entender, esto no implicó un cambio de estrategia del PS sino más bien una modulación de la política oficial. Había, al menos, dos fuertes motivaciones que influyeron en esta modificación táctica. La primera, la presencia de los *sindicalistas* en la conducción de la CGT que llevaron al extremo su perfil negociador, pragmático, moderado y conciliador junto a su discurso neutralista, de rechazo a las influencias políticas (del Campo, 2005; García, 2017). Esto permitió polarizar al PS y contraponer a ello una política más activa en el movimiento sindical que se expresó no solo en la lucha contra el fascismo sino además en las críticas al cuerpo de ideas tradicional del *sindicalismo*. La segunda de las causas pareció ser de índole interna. La existencia de una relanzada ‘izquierda’ partidaria que fustigaba a la dirección y planteaba una serie de modificaciones programáticas, estratégicas y estructurales que redefinirían el rumbo, más bien el sentido, del PS (Herrera, 2006). No resulta inverosímil que la conducción partidaria haya propiciado una mayor presencia del grupo encabezado por Pérez Leirós para mostrarse permeable a las críticas referidas al rol en el ámbito gremial y así atemperar, parcialmente, la influencia del sector izquierdista de Benito Marianetti en la base del PS. Un tercer factor, tenue aún, pero que pudo influir en esta variación política pudo ser la intención de

la dirección del partido de atender la creciente incidencia comunista entre los trabajadores industriales principalmente.

Pero este escenario se desvaneció durante 1935 dado que el sector ‘izquierdista’ fue paulatinamente diezmado entre el cónclave de Santa Fe y el Congreso Extraordinario para la reforma de estatutos de 1935 y el núcleo dirigente *sindicalista* fue depuesto de la CGT en diciembre de ese mismo año. Eso permitió a la dirección del PS retomar la senda de la escisión del plano político del gremial expresada en 1918 y presente, de hecho, con anterioridad. Luego de 1935, las expresiones disonantes de la estrategia oficial quedarían relegadas y la política enarbolada por los socialistas en la CGT replicó una tendencial pero cada vez más marcada autonomía de las corrientes políticas (Tortti, 1989a). Aún más, la CSIG, elemento más dinámico de aquellas críticas y bastión de quienes profesaban una modificación en la vinculación entre el Partido y los sindicatos entre 1930 y 1935, durante la segunda mitad de los años treinta no se mostró vital y quedó reducida a una expresión nominal, situación que había sido habilitada por la reforma de estatutos de 1935 en donde el Comité Ejecutivo (CE) se reservaba el control de la composición de la Comisión. Así, no es de extrañar, que las posturas de la CSIG y de la dirección del PS confluyeran en la práctica. El debilitamiento gradual de la ‘izquierda’ del Partido y el desplazamiento de los *sindicalistas* de la CGT hacían ya innecesario un discurso contrario a la prescindencia. Además, la independencia de esferas servía ahora a los intereses de denunciar el proceder de los comunistas y su política de ‘tutelaje’, se acusaba, en los cada vez más pujantes sindicatos industriales, tras la adopción de la estrategia del ‘frente popular’ y su incorporación a la CGT. Así, la prescindencia socialista funcionaba, también, como un dique de contención frente al avance gremial del PC y la presión que éste ejercía (Ceruso, 2017b).

Tras la obtención de la conducción de la CGT, el PS pareció abandonar los debates de la primera mitad de la década del treinta. El Partido, principalmente su dirección, estructuró un nuevo ‘retorno a Justo’ y a su estrategia de independencia del plano político y el gremial. Esta división de esferas tuvo su ejemplificación más nítida en la virtual desaparición de la CSIG como un organismo con posturas propias y críticas a la conducción partidaria, como había ocurrido en los años previos. Como dijimos, dicha Comisión, durante 1936 y 1937, no ejerció un rol de relevancia en el plano gremial y, al igual que las voces disidentes dentro del PS, no tuvo una presencia en las publicaciones partidarias que, más bien, se preocuparon por reponer la idea de la preeminencia de lo político, denunciar el embanderamiento sindical y destacar la centralidad de la

prescindencia. Este panorama se complementó con las tenues expresiones críticas de Pérez Leirós durante el período, referente del grupo que propiciaba estrechar lazos entre el Partido y el movimiento obrero, y la pérdida de centralidad de la temática gremial en los Congresos partidarios de esos años, ambos elementos que contrastan con el momento inmediatamente anterior. Al promover la prescindencia, el PS pudo confluir con el sector liderado por el socialista ferroviario Domenech en la CGT. Aunque ello no implicó las desavenencias en otros aspectos entre el PS y la CGT. Este desinterés del PS por estructurar una estrategia firme para influir en el movimiento obrero habilitó a la CGT, y a su conducción, a construir una senda autónoma y anclada en reclamos económicos y meramente sindicales. Hacia adelante, esta tendencial conducta sería cuestionada dentro de la central obrera, por comunistas y socialistas que propiciaban acercar su dinámica a los partidos políticos.

En los años siguientes, dos elementos parecieron confirmarse. Uno, la reafirmación de la independencia del ámbito político del gremial por parte del PS y, segundo, la materialización del PC como un actor de fuste en el movimiento obrero, fundamentalmente industrial. En los años finales de la década infame, el contexto de mayor enfrentamiento entre los líderes de la CGT y los dirigentes comunistas y socialistas más ligados al partido convirtió a la central obrera en una caja de resonancia y a la experiencia sindical de estos años en la arena en donde se saldaron múltiples debates en los cuales el PS intervino y delineó su estrategia, o la ausencia de ella, de cara al movimiento obrero (Camarero, 2015; Ceruso, 2017b; Matsushita, 1986; del Campo, 2005).

Así, se desarrolló un ejercicio prescindente del PS y la CGT junto a la oposición a ello encarnada por la cada vez más relevante presencia comunista en el movimiento obrero industrial y en la Central. Como se ha señalado, el PS construyó un cuerpo de ideas específico en torno al gremialismo:

“de manera más general, se pensaba la relación Partido/movimiento obrero en términos de educación, entendida en sentido amplio, lo que incluía la importancia de un trabajo constructivo, vía la legislación. La interacción se daba, en definitiva, por fuera del movimiento obrero, ante todo en el ámbito parlamentario, donde los legisladores socialistas actuaban como poleas de transmisión de los reclamos gremiales, que pasaban a su vez por ese tamiz reformista” (Herrera, 2016, p. 42).

La experiencia sindical del socialismo contenía más que una mera desarticulación de esferas entre lo político y lo gremial. Implicaba, además, una disociación con algunos

aspectos centrales de la lucha y la organización obrera. La concepción evolutiva, los reparos a la autodeterminación obrera y el rechazo a la violencia argumentaban una postura contraria a las huelgas. La prescindencia, concretada en la ya mencionada autonomía de ámbitos, era una expresión de una concepción más amplia sobre la necesidad de construir una opción partidaria reformista:

“el problema en el socialismo argentino era más profundo que una mera desarticulación entre lo sindical y lo político. Lo que existía era una concepción que subordinaba las contiendas entre el trabajo y el capital a una faena de reforma e integración social, idealizando la lucha de clases como una suerte de disputa retórica de proyectos en el terreno neutro de un ágora. El PS desconfiaba de las prácticas de autodeterminación de las masas y de las capacidades creadoras de la lucha de clases, la que debía canalizarse para evitar sus desbordes y el despliegue de su potencialidad barbárica” (Camarero, 2011, p. 60).

Para el PS, la acción política, como superadora de la incierta práctica huelguística, y en tanto instancia en donde se expresaban los intereses de la clase obrera en su conjunto, debía orientar el proceder. En consecuencia, y en los hechos, el socialismo se mantuvo, y reforzó, su política prescindente, de desarticulación entre lo político y lo gremial y de rechazo a la injerencia en las refriegas entre capital y trabajo (Ceruso, 2019).

El gremialismo socialista en los primeros años de la década de 1940

A partir de 1941, la disputa entre los socialistas que dirigían la CGT, sector encabezado por Domenech y Almarza, y los comunistas se fue haciendo más dura. El cuadro de situación expresado se enmarcaba en un fortalecimiento sindical que se explicitaba de modo más certero en el crecimiento de la CGT que, a su vez, tenía base en el incremento de los sindicatos industriales. La CGT pasó de tener en 262.630 afiliados en 1936 a 330.681 en 1941 que representaba una porción importante de los 441.412 de la totalidad de obreros afiliados (Ministerio del Interior, Departamento Nacional del Trabajo, División de Estadística, *Organización sindical. Asociaciones obreras y patronales*, Buenos Aires, 1941). En los años previos, el crecimiento de la industria y la pericia de los comunistas habían provocado un mayor vigor y dinamismo de los sindicatos industriales. Esta situación era evidenciada por los propios socialistas como Alfredo López:

“actúan también en el marco de la Confederación General del Trabajo importantes gremios de obreros industriales, cuyas organizaciones pueden ser más ágiles –o más combativas, si gusta el término- por la simple razón de que tienen más libertad de acción en lo que respecta a la lucha con los empleadores”.

En su denuncia a los comunistas por la politización de la actividad sindical no dejaba de reconocer que “siendo la minoría efectiva se han convertido en el núcleo director” (López, 1943, pp. 5 y 41).

El año 1941 se iniciaba con los últimos coletazos de la huelga textil en la importante fábrica Ducilo. El conflicto textil había funcionado como una arena en donde se expresaron dos concepciones antagónicas sobre la relación entre el partido y el sindicato (Ceruso, 2019 y 2015). Esto agregaba un capítulo más al conflicto entre socialistas y comunistas. La CGT denunció las acciones del PC y de la Unión Obrera Local de Quilmes (de orientación comunista) en la huelga (*La Vanguardia*, 13 de febrero de 1941, p. 5). En el mismo sentido, Almarza, secretario adjunto de la CGT, en una reunión del Comité Central Confederal en 1942 denunciaba:

“¿quién no recuerda el problema de la Ducilo, episodio desgraciado del movimiento obrero, no la huelga en sí misma, que ya la vamos a considerar porque figura en el informe, sino el aspecto político de esa huelga? Esa compañía Ducilo (...) fue aprovechada por los dirigentes sindicales que militan en el Partido Comunista con el propósito de llevar agua a su molino en pos de las ideas neutralistas que sostenía en aquel entonces el partido Comunista” (Confederación General del Trabajo, *Actas de las reuniones del Comité Central Confederal efectuadas en mayo de 1940 y en octubre de 1942*, Buenos Aires, 1942, p. 116).

La CGT y el sector socialista textil denunciaron el proceder ‘político’ del PC en la huelga. Incluso, los socialistas crearon un nuevo sindicato textil al margen del liderado por los comunistas. Por su parte, el PC denunció el rol de la central y del PS, acusándolos de no apoyar la lucha y “haber permanecido ausente del conflicto” (*Orientación*, 13 de febrero de 1941, pp. 1-4). Al tiempo, en *La Vanguardia*, se enarbó una respuesta en la que se remarcaba que el PS había apoyado a los obreros en conflicto y se destacaba las intervenciones de los diputados nacionales Juan Antonio Solari y Carlos Sánchez Viamonte y del senador nacional Alfredo Palacios. Asimismo, allí se acusaba al PC de intervenir “(...) en este conflicto con la finalidad de hacer propaganda a sus ideas (si así puede llamársele) y cumplir con las consignas superiores (...)” (*La Vanguardia*, 28 de

marzo de 1941, p. 5). La disidencia prosiguió y frente a la acusación a la CGT por la pasividad frente a la huelga que realizó Jorge Michelón, secretario general del sindicato textil comunista, y apoyó el también comunista de la construcción Ángel Ortelli, la CGT decidió suspender sus relaciones con Michelón por “inconducta sindical” y denunciar al diario comunista *La Hora* como “enemigo de la clase obrera” (*La Vanguardia*, 22 de marzo de 1941, p. 5).

Ese mismo año, en ocasión de la conmemoración del 1° de mayo, en el número especial de *La Vanguardia*, el socialista Jacinto Oddone reafirmaba:

“por eso sigo convencido que el gremialismo obrero, dentro de la relatividad de su radio de acción, es una de las tres formas de lucha sobre que debe aventarse el movimiento socialista. Pero con esta condición: que su acción sea inspirada en la lucha de clases; que sea más combativo que utilitario, sin ser demagogo ni catastrófico; que tenga el menor contacto con el gobierno y no le preocupe si su labor le agrada o no; que no tenga ninguno con los politiqueros ni con los partidos de la política criolla; que no permita infiltrarse en su seno las costumbres de estos partidos; que su administración sea siempre correcta y no dé que hablar” (*La Vanguardia*, 1 de mayo de 1941, p. 3).

Similares conceptos referidos a la CGT vertía el ferroviario socialista Roberto Testa: “(...) no está para servir a ningún partido político ni tampoco para combatirlo; siempre y cuando éstos no pretendan incidir en la vida interna de la organización sindical” (*La Vanguardia*, 1 de mayo de 1941, p. 29). Al año siguiente, en 1942, el sector comunista señaló la importancia que la central hiciera mención de la necesidad de apoyar el acto convocado por el PS pero Almarza y Mariano Cianciardo se negaron con argumentos prescindentes. Ante esta situación, la potente Federación Obrera Nacional de la Construcción, de dirección comunista, elevaba su queja y marchó junto al PS (*El obrero de la construcción*, 1 de mayo de 1942, p. 3).

Sin dudas, este escenario fue aún más conmovido tras la invasión de la URSS por parte de Alemania. Como consecuencia, el PC abandonó la política neutralista y pasó a denunciar globalmente al nazi-fascismo (Piro, 2019). Esto profundizó el enfrentamiento en tanto el PC ahora presionaba para conformar un frente contra el fascismo y la reacción mientras que la dirección de la CGT, Domenech y Almarza, aunque acordaban en la causa democrática, propugnaban la orientación prescindente y apolítica de la central. Ello repercutió en diciembre de 1941 cuando el gobierno declaró el estado de sitio y el PC apeló a denunciar el hecho por su carácter de reaccionario mientras que Almarza se oponía argumentando que el Poder Ejecutivo le había manifestado que respetaría los derechos

laborales mientras no intervinieran en la política nacional e internacional. En este punto, Pérez Leirós empalmaba con la postura comunista cuando denunciaba que el gobierno nacional impulsaba una “política de entrega a las fuerzas oscuras del nazifascismo” y señalaba la necesidad que la CGT fijara posición al respecto (Matsushita, 1986, p. 235). Nuevamente, las tres facciones presentes en la CGT (la dirección de filiación socialista, los socialistas más ligados al PS y los comunistas) se posicionaban con eje en el grado de intervención política que debía asumir la central. El discurso prescindente respecto del conflicto internacional se debilitó a mediados de 1942 cuando la CGT envió una carta a Castillo aduciendo que la neutralidad provocaba una caída en el ingreso de insumos del exterior, principalmente para la construcción, y ello repercutía en la desocupación; y por ello veía conveniente un acercamiento a los Estados Unidos (Godio, 1989, p. 489).

Tras criticar el proceder comunista en el gremialismo y en particular a la intervención como árbitro de Monseñor de Andrea en las huelgas de la construcción y textiles de 1941, Oddone señalaba:

“si en el Congreso Socialista de Avellaneda, celebrado en 1918, cuando en la organización gremial la intervención de políticos criollos y gente de iglesia –que el Partido denunció a diario como factores de atraso y corrupción popular- aún no se conocía, el Partido fijó su conocida posición de independencia frente al movimiento obrero tal como entonces se conocía y practicaba, hoy que las cosas han cambiado, empeorando, no será llegado el momento de que otro congreso determine qué condiciones requiere el gremialismo para que merezca el apoyo del Partido y fije alguna norma a los afiliados para actuar en los gremios?” (*La Vanguardia*, 8 de noviembre de 1941, p. 4).

Sin criticar la política gremial del PS, con la que acordaba, Oddone ponía en evidencia la problemática y la dificultad de emular en el sindicalismo su incidencia en el plano político. En 1942, Nicolás Repetto pronunció un discurso en la Casa del Pueblo que contrastaba la práctica de los diferentes sindicatos y reflejaba la idiosincrasia respecto del movimiento sindical:

“prescindiendo de los contactos frecuentes con los poderes públicos que impone la acción gremial pura, vemos que la mayor parte de la actividad de nuestros gremios se reduce a controlar el cumplimiento de ciertas leyes o a reclamar la sanción de otras nuevas. Se necesita que se hayan dictado, o se dicten, ciertas leyes para que la mayor parte de nuestros gremios tengan algo que hacer. Sé de algunos que están en lucha casi constante con los patrones o empresas, pero eso ocurre, precisamente, porque falta aún la ley adecuada. Los madereros, los metalúrgicos, la construcción, los textiles, etc., están en continua agitación porque carecen aún de ciertos amparos legales”.

Y luego destacaba el rol de la Federación de Empleados de Comercio en la búsqueda de leyes que mejoren la condición de los trabajadores del sector. (*La Vanguardia*, 20 de abril de 1942, p. 4). La cita deja entrever varias de los articuladores nodales del socialismo argentino en su faz gremial. Resalta la concepción educativa y, de modo complementario, evolutiva en términos de un estadio avanzado, y digamos ‘civilizado’, del trabajo parlamentario. En la cita ello se expresa en el rechazo a la ‘agitación’ y, vale suponer, a la huelga como forma de lucha. Pero, además, hace evidente el planteo de exterioridad del Partido respecto del movimiento sindical.

La fractura de la CGT

En los meses finales de 1942 la tensión en el interior de la CGT se incrementó notablemente. Los choques eran continuos y el enfrentamiento de la conducción con los sindicatos comunistas iba en aumento. En agosto de 1942, la CGT rechazó un comunicado del sindicato comunista en el que se advertía sobre la posibilidad de continuar la huelga metalúrgica si no había respuestas positivas por parte del laudo ministerial. El argumento utilizado por la central fue que las negociaciones eran llevadas a cabo por la CGT y que el sindicato no tenía “atribuciones orgánicas para hacer gestión alguna”. (*La Vanguardia*, 19 de agosto de 1942, p. 4).

Pero el escenario de la polarización fue la reunión del Comité Central Confederal de la CGT en octubre de 1942 en donde las críticas del PC a la conducción de la central se profundizaron. Los comunistas acusaban al Secretariado y gran parte de la Comisión Administrativa de utilizar métodos burocráticos, de conducir a la institución al:

“‘neutralismo político’, a un aislamiento suicida, a una despreocupación por los problemas políticos, a una inercia y a un desentendimiento que sólo puede favorecer a los enemigos de la clase obrera, que sólo beneficia a la oligarquía pronazi y a la quintacolumna hitlerista” (Confederación General del Trabajo, *Actas de las reuniones del Comité Central Confederal efectuadas en mayo de 1940 y en octubre de 1942*, Buenos Aires, 1942).

Ante el reiterado pedido para que la CGT aumentara su compromiso con la realidad política nacional e internacional, el socialista y secretario adjunto Almarza en su disputa abierta con los comunistas sostuvo:

“pero por lo que a mi respecta no pienso arriar la bandera de mis convicciones. Sostendré mis principios de independencia absoluta del movimiento obrero, porque son los que aprendí en la Unión Ferroviaria y también los que aprendí en el partido político a que pertencí (...)” (Confederación General del Trabajo, *Actas de las reuniones del Comité Central Confederal efectuadas en mayo de 1940 y en octubre de 1942*, Buenos Aires, 1942, p. 131).

En igual sentido, años más tarde, el mismo Almarza, ladero de Domenech en la conducción de la CGT, reflexionaba:

“ahora, de ahí a embanderar al sindicalismo en una concepción política es una cosa distinta. Nosotros le atribuimos a los *sindicalistas* ser los promotores de la prescindencia sindical en el país, pero los que en realidad defendieron la prescindencia sindical en este país fuimos nosotros los socialistas a pesar de figurar como militantes de un partido político” (Entrevista a Camilo Almarza, p. 37. Archivo de Historia Oral, Instituto Di Tella).

René Stordeur, gremialista gráfico y ya por ese entonces en el Partido Socialista Obrero, escisión del PS en 1937, se manifestaba en la misma reunión en favor del funcionamiento de los partidos políticos en el seno del movimiento obrero, en los sindicatos y en la CGT, haciendo juego en ese plano con los comunistas y los socialistas Pérez Leirós y Borlengui (Confederación General del Trabajo, *Actas de las reuniones del Comité Central Confederal efectuadas en mayo de 1940 y en octubre de 1942*, Buenos Aires, 1942, p. 137 y 138).

En paralelo, entre el 10 y el 12 de octubre de 1942 se realizó un nuevo Congreso del PS. El informe de la CSIG de cara al XXXIV Congreso era revelador en varios sentidos. Por un lado, replicaba la postura oficial prescindente:

“como siempre, y por lo tanto consecuente con la tradición partidaria, hemos actuado dentro de la mayor circunspección y respeto mutuo con los trabajadores que van al sindicato impulsados por el mejoramiento económico y sin ideas determinadas”.

Aunque en paralelo mostraba la tensión existente:

“no obstante debemos informar al Congreso, que comprendemos que son muchos los militantes obreros que usufructúan una especie de acción dual que produce entre los afiliados socialistas, gremialistas o no, el deseo de instar a esos compañeros; que comprenden, sienten y hasta en algunos instantes de su vida, se manifiestan algo así como orgullosos de su vinculación personal con hombres caracterizados de nuestro partido, a quienes muchas veces consultan y en otras cuentan con su apoyo de antemano, a que valoren su equidistancia del Partido, y que en una actitud consecuente con sus manifestaciones ocupen de una vez por todas el lugar que les corresponde en la lucha por una sociedad mejor”. (*La Vanguardia*, 7 de octubre de 1942, p. 3).

El pedido de equidistancia del Partido tuvo su contraparte en las críticas de varios congresales, incluido Pérez Leirós, al deficitario rol del partido en el mundo gremial y a la inactividad de la CSIG (*La Vanguardia*, 12 de octubre de 1942, p. 6).

Ese mismo XXXIV Congreso Nacional del PS realizó un llamado a conformar una Unión Democrática con el objetivo de combatir el avance del fascismo en el país. Desde la central, Domenech abogaba para que la CGT no se embandere con ningún partido aunque brindaba un apoyo claro a la Unión Democrática. (*La Vanguardia*, 13 de noviembre de 1942, p. 6).

En este clima se realizó el II Congreso de la CGT, entre 15 y 18 de diciembre de 1942, que puso en evidencia el intento comunista de acceder a la secretaría general a través de la alianza con un sector de los socialistas que se mostraban contrarios a la declamada prescindencia. El acuerdo presentó la candidatura a presidente de aquel Congreso del dirigente de empleados de comercio, el socialista Ángel Borlenghi, y a vice del dirigente comunista de la construcción, Pedro Chiarante que lograron la victoria ante la incredulidad del sector contrario que se retiró de la reunión sin mediar explicaciones. La lista socialista-comunista obtuvo 117.713 votos para la candidatura de Borlenghi y 108.082 para la de vice de Chiarante. La otra lista encabezada por Domenech logró 60.069 que implicaba un poco más de los votos de los delegados de la Unión Ferroviaria. La abultada derrota demostraba que la correlación de fuerzas al interior de la central se había volcado en dirección al bando de los que buscaban una mayor relación con los partidos políticos y el abandono de la prescindencia (del Campo, 2005, pp. 141-148). También evidenciaba el peso que los comunistas y sus sindicatos industriales habían logrado en los últimos años contrapesando la influencia ferroviaria en el movimiento obrero. Además, el Congreso emitió una declaración de apoyo a los países ‘aliados’ en la Guerra, un pedido de ruptura de relaciones con Alemania y sus socios y la reanudación de los lazos diplomáticos con la

URSS. Este abandono de la prescindencia fue acompañado de una crítica a la gestión de Domenech (Cheresky, 1984, p. 189). A esta altura la división parecía un hecho consumado.

La relación de Borlenghi con un sector de la dirigencia partidaria se deterioró en aquellos meses.³ *La Vanguardia* publicó una carta del dirigente de comercio en donde manifestaba su descontento por la publicación de un artículo en el periódico socialista acerca de las malas condiciones de trabajo en su rama (*La Vanguardia*, 24 de febrero de 1943. Citado en Horowitz, 2004, p. 240). La alianza de Borlenghi con los comunistas, además de contener elementos estratégicos sobre la relación entre el partido y el sindicato, pudo haber estado influida, además, por motivaciones tácticas, en tanto existía el riesgo de conformar una lista opositora en el sindicato compuesta por socialistas disidentes y comunistas. Finalmente, los comunistas no formaron parte de dicha lista, tras un acuerdo con Borlenghi (Entrevista a Ernesto Janín, pp. 19-20 y 44-45. Archivo de Historia Oral, Instituto Di Tella).

En la elección de las nuevas autoridades de la CGT, durante la reunión del Comité Central Confederal del 10 de marzo de 1943, el sector de Domenech presentó la lista N° 1 y el sector de los socialistas Borlenghi y Pérez Leirós, en alianza con los comunistas, la lista N° 2. Durante la votación, surgió una discusión sobre la validez del voto de un delegado de la Unión Ferroviaria que había desobedecido el llamado de su sindicato y expresó su preferencia por la lista compuesta por socialistas y comunistas. Ante el reemplazo de este delegado y el triunfo por un voto de la lista de Domenech, la lista N° 2 no aceptó el resultado y se produjo la definitiva ruptura de la central. A partir de allí, quedó constituida la CGT N° 1, bajo la secretaría general de Domenech, y la CGT N° 2, con Pérez Leirós en la conducción (Matsushita, 1986, p. 242). Los sindicatos comunistas se enrolaron en la CGT N° 2. De esta manera, la primera central afincaba su fortaleza en que allí quedaban alistados los sindicatos ferroviarios junto a los tranviarios aunque la mayoría de las estructuras de los gremios industriales, que se mostraban con mayor dinamismo, se situaron en la CGT N° 2.

Tras los eventos, la CGT N° 2 se dispuso a acentuar su voluntad de crítica frente al nazifascismo y un apoyo a la unión de las fuerzas políticas. Aunque, rápidamente, Pérez Leirós firmó un comunicado que envió a *La Vanguardia* en su disputa con la lista opositora. Allí señalaba:

³ Ciertamente, Borlenghi no tenía gravitación en la vida interna partidaria e incluso se señala que gozaba de la “desconfianza” de la dirección (Horowitz, 2004, p. 121; Herrera, 2016, p. 38).

“el cuerpo directivo de la CGT electo en la lista N° 2 se halla integrado por hombres de las más variadas tendencias políticas y se hallan dispuestos al respeto recíproco a fin de no embanderar en ninguna de ellas a la central gremial del país” (*La Vanguardia*, 26 de marzo de 1943, p. 4).

El CE del PS intentó mantenerse a prudente distancia de ambos bandos e incluso ofició para mediar en esta disputa encabezada por afiliados socialistas aunque las gestiones fracasaron debido a la negativa de Domenech a abandonar su cargo, aduciendo cumplir el mandato de su sindicato, y así facilitar la designación de un nuevo secretario general de la central (Oddone, 1949, pp. 400-401).

La conmemoración del 1° de mayo fue el escenario de un nuevo entredicho frente a la invitación de la CGT N° 2 al PS para que participara del acto. Frente a ello, el CE del PS emitió una declaración:

“los socialistas siempre hemos entendido que la acción gremial y política de los trabajadores cumplen cada cual funciones específicas y diferenciadas no obstante la finalidad común hacia la cual se encaminan. La acción política de los trabajadores no debe interferir en los gremios, ni perturbarlos con planteamientos de problemas y exigencias que son más propias de los partidos y de la militancia política. (...) En este punto, como en tantos otros de capital importancia, la concepción socialista sobre el papel del gremio difiere fundamentalmente de la doctrina de la Tercera Internacional. Nos ha parecido oportuno formular la precedente declaración, ya que la invitación de la CGT lista N° 2 persigue el primordial propósito político de promover la unidad de las fuerzas democráticas con vistas a las próximas elecciones presidenciales” (*La Vanguardia*, 18 de abril de 1943, p. 1).

Quedaba expuesto, de este modo, que el PS consideraba que la CGT N° 2 con dicha propuesta se adentraba en faenas que pertenecían a los partidos políticos y no al movimiento sindical, reafirmando su política de prescindencia. A esta nota, Pérez Leirós contestó:

“nunca hemos tenido la pretensión ni la tenemos, de asumir la dirección y orientación política de los trabajadores, pero le negamos a todos el derecho de cercenar nuestros deberes de colaboración para la solución de los grandes problemas que afectan, más que ningún sector de la sociedad, a la clase laboriosa sindicalmente organizada” (*La Vanguardia*, 22 de abril de 1943, p. 2).

En la interna de la CGT, la dirección socialista del Sindicato del Calzado se manifestaba contra la “infiltración comunista”, señalaba las “ambiciones insanas” del grupo comandado

por Pérez Leirós y hacía explícito su apoyo a Domenech (*El obrero en calzado*, mayo de 1943, p. 1).

Conclusión

En los comienzos de la década de 1940 el PS podía mostrar un escenario dual respecto de su experiencia gremial. Por un lado, cuadros partidarios o dirigentes de filiación socialista conducían los más relevantes sindicatos del área de transportes y servicios y la principal central obrera. Por el otro, su peso era limitado en el sector industrial que por aquellos años se mostraba cada vez más dinámico. Pero además, se evidenciaban una serie de problemáticas derivadas de su doctrina materializada en la Declaración de Avellaneda en 1918. Una de ellas era la aparente autonomización de las dirigencias sindicales respecto de las directivas partidarias. ¿Podría el derrotero que culmina con la división de la CGT considerarse un indicativo del descontento de parte del sector encabezado por Pérez Leirós y Borlenghi respecto de la política sindical del PS, de su ineficacia y, a la vez, del peso relativo de los sindicatos en el funcionamiento interno del partido? ¿En qué medida el PS arribaba a este nuevo escenario producto de años de construcción de una estructura partidaria que privilegió la lucha electoral, que escindió la acción gremial de la práctica política (como rezaba el mandato fundador de Juan B. Justo) y que erigió una fisonomía interna que restaba peso a la militancia de extracción proletaria?

Observamos la defensa de parte de la dirección partidaria de la independencia de esferas entre lo político y lo gremial, su concepción evolutiva, la valoración de la acción política como superadora de la incierta práctica huelguística y, en definitiva, la exterioridad que proponía el Partido en relación al movimiento sindical: “el Partido Socialista no debe inmiscuirse en la organización gremial. Colectivamente sólo puede y debe servirla desde afuera en cuanto las leyes, el gobierno y la administración pública atañen a la organización gremial”, en palabras del propio Justo (1947, p. 301). Pero este ideario, como dijimos, expresión de una concepción más amplia sobre la necesidad de construir una opción partidaria reformista, estaba siendo sometido a fuertes presiones en los años vistos. A las siempre existentes críticas en el interior del PS, ahora se sumaban los eventos de la realidad nacional e internacional, la guerra y el avance del fascismo, por caso. Pero la prescindencia también se encontraba severamente cuestionada producto de la exitosa

experiencia comunista en los gremios de industria que, como mencionamos, ofrecía un modelo completamente diferente de vinculación entre el partido y los sindicatos.

Como señalamos en un principio, esta política gremial del PS ofreció momentos disímiles, modulaciones, revisiones tácticas, pero en su núcleo pareció mantenerse inalterada. El contexto de los primeros años de la década de 1940 parecía invitar a una reconsideración que incluyera la modificación de los principios nodales y basales y, de este modo, reconfigurar la política socialista en el sindicalismo. Hecho que finalmente sucederá de inmediato tras el golpe de Estado de 1943.

Bibliografía

- Belkin, A. (2018). *Sindicalismo revolucionario y movimiento obrero en la Argentina: de la gestación en el Partido Socialista a la conquista de la FORA (1900-1915)*. Buenos Aires: Imago Mundi/Ediciones CEHTI.
- Bravo, M. (1938). “Testamento político”. Reproducido en Cúneo, Dardo (1985). *Mario Bravo, poeta y político*. Buenos Aires: CEAL.
- Camarero, H. (2011). *Del auge al declive: las corrientes de izquierda y los trabajadores antes del peronismo. Elementos para una interpretación teórica e historiográfica global*. En *Iberoamérica Global* (N° 2), pp. 49-79.
- Camarero, H. (2015). *La CGT en disputa. Prescindencia apolítica de la dirección sindicalista y frentepopulismo comunista, 1935-1939*. En *Cuadernos del Ciesal* (N°14), pp. 35-58.
- Camarero, H. (2005). *Socialismo y movimiento sindical: una articulación débil. La COA y sus relaciones con el PS durante la década de 1920* (pp. 185-217). En Camarero, H. y Herrera, C. *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*. Buenos Aires: Prometeo.
- Ceruso, D. (2019). *El vínculo entre las izquierdas y el movimiento obrero. Un análisis de la experiencia del Partido Socialista argentino en los últimos años de la década de 1930*. En *Nuevos Mundos Mundos Nuevos*. París: L'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales.
- Ceruso, D. (2017a). *El Partido Socialista y la cuestión gremial. Debates internos durante la primera mitad de la década infame*. En *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda* (N° 10), pp. 119-139.

- Ceruso, D. (2017b). *El Partido Socialista y el movimiento sindical tras la conquista de la Confederación General del Trabajo (1935-1937)*. En Páginas, revista digital de la Escuela de Historia (N° 20), pp. 131-146.
- Ceruso, D. (2015). *La izquierda en la fábrica. La militancia obrera industrial en el lugar de trabajo, 1916-1943*. Colección Archivos, Buenos Aires: Imago Mundi.
- Cheresky, I. (1984). *Sindicatos y fuerzas políticas en la Argentina preperonista (1930-1943)*. En González Casanova, P. (coord.), *Historia del movimiento obrero en América latina*, vol. 4. México: Siglo XXI.
- del Campo, H. (2005) (1983). *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Dickmann, E. (1946). *Socialismo y gremialismo*. Buenos Aires: Pequeño Libro Socialista.
- García, L. (2017). *En torno al concepto de “prescindencia”: la corriente sindicalista al frente de la CGT (1930-1935)*. En Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda (N° 10), pp. 95-115.
- Godio, J. (1989). *El movimiento obrero argentino (1930-1943). Socialismo, comunismo y nacionalismo obrero*. Buenos Aires: Legasa.
- Gramsci, A. (1984). *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Herrera, C. (2006). *Corrientes de izquierda en el socialismo argentino, 1932-1955*. En *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico* (N° 2), pp. 127-153.
- Herrera, C. (2016). *¿Adiós Al Proletariado? El Partido Socialista bajo el peronismo (1945-1955)*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Justo J. B. (1947). *La organización obrera y el PS (1917)*. En *Obras de Juan B. Justo*. Tomo 6. *La realización del socialismo*. Buenos Aires: La Vanguardia.
- López, A. (1943). *¿Qué pasa en la Confederación General del Trabajo?* Buenos Aires: Partido Socialista.
- López, A. (1935). *Valor del sindicato obrero*. Buenos Aires: Pequeño Libro Socialista.
- Martínez Mazzola, R. (2011). *La neutralidad como problema y como solución. La política gremial del Partido Socialista después de la ruptura sindicalista*. En *Identidades* (N° 1), pp. 2-20.

- Matsushita, H. (1986). *Movimiento Obrero Argentino, 1930-1945: Sus proyecciones en los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Oddone, J. (1949). *Gremialismo proletario argentino*. Buenos Aires: La Vanguardia.
- Piro Mittelman, G. (2019). *El giro neutralista del Partido Comunista argentino y los efectos sobre su alianza con el Partido Socialista (1939-1941)*. En Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda (N° 14), pp. 141-161.
- Poy, L. (2014). *Los orígenes de la clase obrera argentina. Huelgas, sociedades de resistencia y militancia política en Buenos Aires (1888-1896)*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Poy, L. (2016). “Neutralistas” y “políticos”. *Los debates en el Partido Socialista argentino acerca de la relación entre partido y sindicato, 1901-1904*. En Avances del Cesor (N° 15), pp. 19-38.
- Tortti, M. (1989a). *Estrategia del Partido Socialista. Reformismo político y reformismo sindical*. En Conflictos y Procesos de la Historia Argentina Contemporánea (N° 34). Buenos Aires: CEAL.
- Tortti, M. (1989b). *Clase obrera, partido y sindicatos: estrategia socialista en los años '30*. Serie Cuadernos de Historia Argentina (N°2). Buenos Aires: Biblos.
- Tortti, M. (s/f). *El Partido Socialista ante la crisis de los años 30'. La estrategia de la 'revolución constructiva'*. Disponible en <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/tortti3.pdf>. Una primera versión de este trabajo, bajo el título “Crisis, capitalismo organizado y socialismo”, en W. Ansaldi, A. Pucciarelli y J. C. Villarruel (editores) (1995). *Representaciones inconclusas. Las clases, los actores y los discursos de la memoria, 1912-1946*. Buenos Aires: Biblos.